

¿Doctrina o enseñanza social?



ESPAÑA ha sido un país católico cuyos gobernantes, tan sumisos a la Iglesia, han tenido a gala considerarse como "el" país católico por excelencia. Y Franco llegó a decir que nuestras estructuras sociales eran la mejor concreción de la más reciente doctrina social de la Iglesia católica.

Lo religioso y lo civil, la Iglesia y el Estado, no sólo tuvieron —y tienen desgraciadamente todavía— una fuerte implicación mutua, sino que fácilmente cayeron en el contubernio. Así se desvirtuó todo; y nuestros obispos dieron la llamada por respuesta, salvo alguna salida que sonaba destemplada, y quedaba sistemáticamente casi oculta. Esto ocurrió —triste paradoja— en período franquista, y no en el actual en el que nuestros obispos no quieren ver lo que está pasando, y asisten irresponsablemente impasibles al deterioro sistemático y creciente de la situación económico-social como si no fuera con ellos.

La sensibilidad de nuestra jerarquía eclesial para los problemas del pueblo está actualmente a cero; quizá más que nunca.

Sin embargo, la Iglesia universal no se conforma tan fácilmente, aunque en ella no todo sea buen ejemplo ni mucho menos.

Unos predicán la teología de la liberación, como muchos católicos —fieles, teólogos y obispos— latinoamericanos; otros se muestran profundamente inquietos por la situación social, y siguen más en concreto dentro de la línea tradicional de los Papas de este siglo, como monseñor Helder Cámara, cuyo excelente "Ideario", publicado en España, es buena muestra de ello.

Tras nuestra "novatada" democratizadora, y tras aquellos días de radicalización política por arte y gracia de la opresión franquista, han venido a serenarse las aguas y todos —hasta los maofistas— van poco a poco apaciguándose al darse cuenta, cuando confrontan la realidad, que los problemas sociales eran más serios de lo que parecía, y no pueden ser resueltos sólo de un rápido plumazo.

De ahí que estemos en un momento

peligroso como reacción a los exagerados impetus iniciales: el de la desgana y el desánimo que conducen crecientemente a ese "pasotismo" desesperanzado que nos envuelve a todos.

Como réplica racional a todo ello, un número cada vez más numeroso de ciudadanos querriamos no caer ni en un nuevo radicalismo ingenuo, que fracasó hasta ahora porque no consiguió nada, ni tampoco en este "laissez faire, laissez passer", que es la única actitud que sabe adoptar en política, economía y cuestión social nuestro Gobierno centrista.

Con el problema social ocurre igual. Por eso algunos vamos reconsiderando lo que esos personajes situados en la altura máxima de la Iglesia universal han dicho sobre el tema, sin que ni católicos ni no católicos les hicieran caso hasta ahora, porque nunca se decidieron a tomar en serio sus palabras. Se enfrascaron los unos y los otros en discusiones bizantinas sobre la "menta" y el "comino", como hicieron los fariseos del tiempo de Jesús, y el árbol les impidió ver el importante bosque que había oculto detrás de él.

Resulta, por lo mismo, un ejercicio oportuno releer ahora aquellos documentos antiguos, hoy empolvados, y aprender de ellos la sabiduría de la vida que contienen, haciendo una depuración de la frágil anécdota que los envuelve para recoger sólo la entraña enjundiosa que poseen y ayudar así a resolver los actuales problemas.

No haremos caso, en cambio, de la manía eclesial de catalogar errores y condenar palabras. Hemos de ir al fondo de esas enseñanzas, y quitarles el pomposo título de "doctrina social".

No: la Iglesia no ha tenido nunca una verdadera "doctrina social". Esa etiqueta es demasiado pretenciosa, y pondría equivocadamente a su práctica orientación al mismo nivel de las soluciones técnicas que corresponden a los ciudadanos, a los partidos políticos o a los sindicatos. La Iglesia oficial solamente puede pretender dar una "enseñanza social", y no impartir un cuerpo de "doctrina social".

Ahora, el famoso dominico francés,

padre Chenu O. P. (el primero que escribió sobre una "teología del trabajo" claramente inspirada en el marxismo, aun sin aludir directamente a esta corriente social), acaba de publicar un polémico libro sobre esta cuestión, titulado "La doctrina social de la iglesia como ideología".

Y deduce que el peligro de esta enseñanza es convertirla en "doctrina", y hacer de ella una "ideología". Esto es lo que han hecho muchas veces los especialistas católicos, esterilizando lo que ella tenía de aprovechable; y la Iglesia oficial no sólo lo ha consentido, sino que lo favoreció en muchas ocasiones concretas. Por ejemplo, cuando ayer condenó el liberalismo político, o cuando más tarde arremetió contra el socialismo, y cuando hoy tiene toda suerte de reticencias oficiales contra el marxismo humanista.

De una vez por todas los católicos tenemos que "dejar de referirnos a la doctrina social abstractamente", y centrarnos en "la práctica social a la luz evangélica", como pretende el P. Chenu. Estudiando para ello "los signos de los tiempos", como aconsejó también Juan XXIII, compulsándolos con este libro de vida llamado "Evangelio" en griego y "Buenas Noticias", en castellano, que contiene la enseñanza del fundador del cristianismo.

Juan XXIII rompió el fuego haciendo una verdadera revolución en la mentalidad de los católicos; y la carta del cardenal Roy en su décimo aniversario le dio el broche de oro, cortando por lo sano con el freno ideológico que había puesto frecuentemente la Iglesia a la solución del problema social.

¿Cuáles son, pues, estos principios prácticos que debían guiar nuestra conducta y cuáles se pueden aplicar a nuestra macro y microeconomía? Eso es lo que he de procurar contestar en artículos próximos. ■